



## CAPÍTULO IX.

---

ENTRA LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA  
EN PLENA ANARQUÍA.

**A** la mañana siguiente Pico fué el primero en emprender la marcha, con objeto de adelantarse con Isolina y sustraerla al furor de la primera dama.

Romero fué objeto del más profundo desprecio por parte de María del Carmen, y en casi todo el camino no habló con nadie.

En cambio María del Carmen formó com-



pacto grupo con la característica, con el segundo galán y con la pareja de baile.

—Lo que yo no puedo comprender, decía María, es de dónde han sacado Gervasio y Pico ese dramático personaje, ni por qué género de peripecias se encuentra en su poder.

—De veras es extraño, contestó la característica; pero lo que sí sé decir es, que esto no es nuevo, ni es como lo cuentan.

Aquí hay algo, dijo la bailarina.

—¡Venirme á mí con esas! si yo conozco á Gervasio como á mis manos, y lo que es ésta no se la tolero: ¡pues no faltaba más!

—Hará V. bien; las pobres mujeres tenemos que pasar más tragos!..... ¡ay! de que yo me acuerdo de lo que me hizo López!....

—¿Qué Lopez?

—Aquel barba de la compañía que trabajaba en Puebla.

—¡Ah! sí.

—Pues yo quise á ese hombre con pasión, anduvimos juntos cuatro años, me separé de mi familia, abandoné intereses y todo,

para que el día menos pensado López apareciera con una sobrina; ¡pero qué sobrina! era una discípula de baile de Ambrosio Martínez y que por más señas la echaron de la compañía.

—¿Y qué sucedió?

—Qué había de suceder, que quebramos, y hasta ahora..... ¡Ay! todavía suspiro por López; y qué buenas lágrimas me costó la sobrina!

—A fé que yo, dijo María, ¿yo llorar? no, ni un momento.

—Haces bien, hija, haces bien, los hombres solo para reirse.

—¡Y luego para lo que necesito á Gervasio!

—Al contrario, él es el que te necesita.

—Ya se ve, sin mí qué va á hacer. *Soy su muleta.*

—Nada; él no puede hacer nada sin muletas.

—Por supuesto, y sobre todo, que galanes se encuentran, pero damas, y damas de mi fuerza, ni con un cirio pascual.



—Ya podías formar tú compañía, dijo la característica, y á la verdad, si hay quien me suba el sueldo me paso.

—Pues bien, formo compañía, te doy cinco pesos más.

—¿Cinco pesos? ¡gran puñado!

—Pero ya ves como están las cosas.

—Lo mejor será que trabajemos por compañía, dijo el segundo galán.

—Eso es, dijo la bailarina, á reparto.

—¿Cuento con usted? dijo María al galán.

—Sí, solo por darle en la cabeza al director que me tiene agotada la paciencia.

—De Pepa y Pancho no hay que decir, dijo María dirigiendo una expresiva mirada á la pareja de baile.

—Nosotros con usted siempre.

—Bueno, pues nos pronunciamos, ya no más déspotas, á formar compañía y ya buscaremos galán y apuntador.

Pico é Isolina habían caminado solos todo el día.

Los humos de Pico se iban apagando ante la respetable virtud de Isolina. Pico no

estaba corrompido, ni su carrera militar, ni su época de *bruja*, habían extinguido en él la nobleza de su corazón. Pico era simplemente farsante, ligero y si se quiere pueril, pero su fondo era bueno.

—Qué diferencia, decía para sí: María del Carmen es una mujer insolente, ordinaria, brusca, é Isolina es digna, es noble, es toda una señorita. Esto me entristece por una parte, pero me consuela por otra: me entristece, porque mientras más alta vea yo á Isolina, menos esperanzas debo concebir de que llegará á amarme; y me consuela, porque siempre es bueno conocer á la gente y lo que es María, la primera dama, se ha dado bastante á conocer anoche. De seguro María del Carmen es una mujer que iba á causarme muchas pesadumbres.

Sumido en estas reflexiones, Pico caminaba á pié al lado de Isolina, quien á su vez pasaba también largos ratos entregada á sus reflexiones.

Hubo un momento en que fué preciso descansar á la orilla del camino.



Isolina se apeó ayudada por Pico, y ambos se sentaron á la sombra de unos mezquites.

—Estoy pensando, dijo Pico, en que tengo entre mis manos una felicidad que me asombra; me parece que soy un pordiosero que se ha encontrado un collar de brillantes.

—¿Pordiosero? preguntó Isolina cariñosamente.

—Sí, ¿qué puedo yo ser al lado de usted, Isolina? Al principio.... qué quiere usted, todos los hombres somos fátuos, me pareció que iba yo á hacer una conquista, creí que mi papel de salvador me ponía á los ojos de usted en un predicamento tan favorable, que la gratitud de usted me pertenecería toda entera.

—¿Y ahora empieza usted por dudar de mi gratitud?

—No dudo de ella, porque la ofendería creyéndola destituida de ese sentimiento tan en armonía con la nobleza de sus sentimientos; pero..... permíteme usted, Isoli-

na, lo que voy á decirle..... pero esa gratitud tiene un límite.

Dijo esto Pico con un acento tal de verdad y de sentimiento, que Isolina comprendió que Pico comenzaba á amarla seriamente, y á su vez bajó la cabeza con melancolía.

—No se entristezca usted, Isolina, continuó Pico; yo nada soy, nada valgo; no soy siquiera para usted lo que mi perro es para mí; pero en todos los corazones hay algo que vale mucho; vea usted á mi Alí, no es más que un perro, pero tiene corazón y me ama, yo lo conozco, me ama como si fuera un amigo, un hermano, y yo se lo agradezco tanto que lo amo también. En mi corazón hay algo que debe valer mucho para usted, y es mi cariño, mi lealtad, y lo comprenderá usted cuando sepa que estoy resuelto á ser su esclavo, á defenderla y á hacerla respetar.

—Valen tanto para mí esas palabras, dijo Isolina después de una pausa, que las guardo como un depósito sagrado y como un



consuelo benéfico en mi corazón. No es usted despreciable para mí, sinó por el contrario, me felicito de no haberme equivocado al juzgar á usted el mejor de los hombres.

—¡Isolina!

—El cúmulo de horribles ideas, de largos padecimientos, de esperanzas frustradas y de amargos desengaños, han hundido mi alma en el estoicismo y la duda; y hoy, por la primera vez después de mucho tiempo, vuelvo á recoger palabras que me son gratas, emociones que endulzan mi vida como un nuevo rocío.

—Isolina, estoy destinado á ser al lado de usted el hombre más feliz ó el más desgraciado de todos..... Pero perdóneme usted, no quiero decirla nada que pueda sobresaltarla, no quiero agravar su situación haciéndola cargar con la responsabilidad de la pasión que me inspira..... No, no la amo á usted como amante; la amo á usted como hermano, y si ni ese título merezco seré solo su criado..... su criado que no la abandonará nunca.

—Toda mi estimación es para usted, todo mi cariño.

—¡Ah, Isolina! eso es más que la vida; es la felicidad!

Estaba sucediendo una cosa rara: Pico é Isolina amaban por la primera vez.

Pico no había sentido nunca un amor tan puro; sus mismas emociones le sorprendían.

En cuanto á Isolina, muy joven aún, había visto perderse sus primeras ilusiones con la desaparición de su primer amante, á quien don Pepe García había ahuyentado cautelosamente de su lado; después había tenido otro pretendiente que murió, y desde que pudo sentir las primeras inquietudes de amor, no tuvo á su lado más que á don Pepe, empeñado en la más tenaz y odiosa de las persecuciones.

Ya hemos dicho quien era don Pepe; y se comprenderá que en él casi era peculiar el género de pasión que le conocemos. Los hombres rudos que viven en el campo ordinariamente, y en quienes el refinamiento de la sociedad escogida no ha logrado dominar



sus instintos, fomentan, en medio de su soledad odiosas tendencias, con las que llegan á hacer sus amores tan negros como el odio.

Bajo esta apariencia conoció Isolina el amor, y esta primera impresión fomentó á su vez en su ánimo una obstinada prevención contra los hombres.

De manera que Isolina por la primera vez, recojía las flores del amor en el hombre que creía que menos amor podía inspirarle. Isolina se sorprendía de encontrar en Pico las emanaciones delicadas de un sentimiento puro, de un amor que en nada se parecía al de don Pepe; y no obstante, había en el interior de Isolina una repulsión instintiva hacia Pico; repulsión que en vano procuraba explicarse.

Al terminar la jornada de ese día fué indispensable que unos á otros se vieran las caras.

El mesón era muy estrecho, y no había bastantes cuartos para hacer las separaciones que exigía el malestar de todos.

Pico, que había llegado el primero, tomó cómodo alojamiento, procurando para Isolina el mejor cuarto.

Romero llegó después y tomó el suyo; el resto de la compañía, con los burros, llegó ya casi entrada la noche.

Romero pretendió hacer las paces, y empezó por mostrarse servicial y solícito; pero María estaba cada vez más mal dispuesta á aceptar la paz.

Durante todo el camino había venido robusteciendo la idea de formar compañía; y este plan la afirmaba más en su resolución de separarse de Romero.

—Está decidido, decía María del Carmen, no trabajo más; que yo no soy ningún mueble, ni conmigo ha de jugar usted como con sus..... con mis antecesoras, no señor.

—Pero, madre, reflexiona en que vas á dar un escándalo.

—Escándalo es el que V. ha dado á toda la compañía, presentándose mano á mano con yo no sé qué Traviata misteriosa sin que nadie sepa donde ha ido usted á sacar



esa..... esa preciosidad, esa joya del arte, como la llamara el necio del apuntador.

—Esa joven es una señorita decente.

—¿Decente? ¡pues está bonita la decencia! ¿En qué árbol se dan esas señoritas decentes que brotan á la orilla de los caminos reales? Ahora pretenderá usted ¡cínico! persuadirme de que su..... su señora de usted, caballero, es una joven decente; ¡já, já, já!..... A Dios gracias tengo un poco de mundo, señor don Juan Tenorio; y está visto que no nació usted para autor dramático, porque no tiene usted inventiva, ni maldita la gracia para preparar las situaciones.

—Sea usted mi juez, señora, dijo Romero volviéndose á la característica.

—Yo no me meto en cuentos, porque al fin á mí ¿qué me va ni qué me viene? dijo la característica; yo soy muy callada y con nadie me meto; y por eso en todas las compañías en que he trabajado me han hecho la justicia de considerarme, y mucho, eso sí; desde el empresario hasta los encendedores, porque viene la damita, y—D.<sup>a</sup> Pachita

por aquí, y D.<sup>a</sup> Pachita por el otro lado; y qué me aconseja usted que haga con el bailarín y si el consueta me dice, y de si no me dán velas, y de si el avisador no me dice nada—y yo, que ni para decir «esta boca es mía» abro los labios; y de este modo me quito de enredos de bastidores, que no los puedo ver.

—Pero en este caso, señora, no quiero más sino que usted interponga su influencia; porque, en fin, es usted una señora grande.

—Ya lo sé que soy vieja; pero no tanto como usted cree, señor D. Gervasio; lo que tengo es acabada, porque ya sabe usted como se maltrata el cútis con el maldito albayalde.

—Quise decir que es usted una persona de respeto.

—Eso sí, porque me doy mi lugar; y yo en el teatro á mi negocio y nada más.

Pepa y Pancho Pintado estaban en la puerta del cuarto.

—Vengan Vds. acá, dijo Romero viendo



llegar un refuerzo; ¿díganme ustedes si tiene razón mi María en.....

—Yo no soy su María de usted ni de nadie; yo no pertenezco más que al arte, y primero perteneceré al alcaide de la cárcel que á usted, que ya me tiene harta! gritó María, metiéndole las manos en la cara á Romero, y sobre todo, esto ya está decidido, yo ya no pertenezco á la compañía, señor empresario.

—¡Cómo!

—Como lo está usted oyendo: ya no trabajo.

—Me matas con esa resolución.

—Ahí está su nueva artista de usted, su Isolina! ¡Ha visto usted nombre más extravagante! ¡Isolina! ¿No le parece á usted, Paca, que ese nombre no cuele? ¡Isolina! ese es un nombre de novela; y todo hace comprender que la tál no es más que una aventurera, que sabe Dios qué antecedentes tenga.

—¡Poco á poco, dijo entrando Pico, no permito que nadie ultraje á esa señora!

—¡Otro que mejor canta! dijo María; ¿y á usted quién le da papel aquí, y cuantos defensores tiene la desgracia? ¡Já, já, já!..... ¿Conque usted, el sufrido Pico, el consecuente Pico, el servicial Pico, el santo Pico se rebela también á influencia de esa mujercilla?

—¡María! gritó Pico.

—¡Hola, hola! señor apuntador, más bajito porque le oye á usted el público; y eso es de muy mal efecto, y le prevengo á usted que ó habla usted quedito como siempre, ó se calla.

—En todos los tonos necesarios, le repetiré á usted, que no permito á nadie hablar de esa señora.

—¡Ay Jesús! qué miedo! qué horror! Este Pico está mejor para general en jefe que para apuntador. En resumidas cuentas, ya he dicho que no trabajo, y que voy á formar compañía; voy á San Luís y allí me uniré con las partes que se necesitan; ya lo oye V., señor director, ya no pertenezco á la compañía.



—Ni yo, dijo la característica.

—Ni yo, dijo Pepa.

—Ni yo, agregó Pancho Pintado poniéndose una mano en la cintura y accionando con la otra; ni yo ni ésta (y señaló á Pepa) porque la verdad, hace tiempo que queremos separarnos porque.... tenemos nuestras razones.

—¿Y qué razones son esas? preguntó Romero.

—¿Cómo qué? contestó Pancho Pintado, dando un paso de baile; V. es muy regañón y yo no estoy acostumbrado á que me regañen, ni ésta tampoco; V. bien ve D.<sup>a</sup> Pachita, que hacemos de todo; que se trata de un criadito que hable dos palabritas, y á Pancho Pintado; que se trata de un escribano, Pancho Pintado; que se trata de baile, Pancho Pintado; que un lacayo, Pancho Pintado; y luego por esos volos ni medio, como si yo tuviera obligación de ser actor; yo no soy más que bailarín y me lo dijo mi maestro Maiquez; no te dejes, Pancho, no te dejes, me decía; no hagas papelitos,

porque un día te silban; y yo por consiguiente, me presto á todo, á todo.

—¿Con qué es decir que todos me abandonan? preguntó Romero parodiando la tribulación de César.

Hubo un rato de silencio.

—Ahí tienen ustedes, dijo María; ahí tienen ustedes á esa princesa rusa, ocupando el mejor cuarto y tal vez ya estará cenando y nos dejará sin pollo!.... ¡y así pretenden estos señores, que nosotras las verdaderas artistas, postergadas por esa.... por esa joven, le tributemos aún nuestros más rendidos cumplimientos.... ¡Habrás dado mayor cinismo!—Lo dicho, no trabajamos. Este hombre (y señaló á Romero), Pico y la desconocida, irán á formar su compañía, para trabajar en el teatro de Tacón ó en Madrid, ¿no, señor director? Nosotras las artistas segundonas seguiremos corriendo la legua, pero rodeadas de personas que nos consideren y no de reinas destronadas que se coman la cena y se tomen la mejor habitación.



—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya V., señor director, vaya V., á ver eso, que importa; á menos que prefiera V. hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho días vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace V. bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja, ó como dice el dicho, al que se vuelve miel las moscas se lo comen; y yo también tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarín torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.



## CAPÍTULO X.

SIGUE LA COMPAÑÍA RECORRIENDO EL  
CAMINO DE LA GLORIA.

**P**ICO y Romero se ocuparon preferentemente de la cena de los asnos, á pesar de que el asunto que se ventilaba en la compañía era de la más vital importancia.

Pero cuando al fin encontraron algo verde, se entregaron de lleno al estudio de la cuestión de elenco.

—Chico, decía Pico, María es tu muleta y sin ella no puedes hacer nada.

—¿No?